

Espino (Rosa) ⁽¹⁾

EL ALBA

(EN LA SIERRA)

Ya amanece, el horizonte
 Dibuja tendida faja,
 Orla del manto nocturno,
 Diadema de la alborada.
 En Oriente las estrellas
 Palidecen y se apagan,
 Y sopla el viento más frío
 Anunciando la mañana.
 Entre la sombra que cubre
 Las espesas enramadas,
 Trinan los *madrugadores*,
 Y sus aromas exhalan

(1) Este nombre es el pseudónimo de un distinguidísimo literato mexicano, que figura también en otro lugar de este libro.

Dicho escritor ha conquistado inmarcesibles láuros como poeta, militar, jurisconsulto y periodista festivo.

El *oyamel* y el *ocote*,
 Los cedros y las lianas.
 En los *ranchos* silenciosos
 Alegres los gallos cantan,
 Que ya ilumina el paisaje
 Incierta la luz del alba.
 Ya sube desde los prados
 El tañer de la campana,
 Y el valido de la oveja
 Y el mugido de las vacas.
 Cruzan de tordos parleros
 Negras revueltas parvadas,
 Que descienden de los bosques
 Sobre la fresca labranza.
 Divisanse los senderos
 Que suben por la montaña,
 Relucientes y sembrados
 De pura y brillante escarcha.
 De azul se tiñen los cielos,
 Las núbecillas de grana,
 Ostentando la llanura
 Sus alfombras de esmeralda.
 Los vapores de la noche
 Huyen como nube blanca,
 Hasta posarse en las crestas
 O morir entre las ramas.
 Despiden los *jacalitos*
 Columnas de humo azuladas,
 Y el canto de los *rancheros*
 Que al trabajo se preparan,
 Se mezcla confusamente
 Con ese rumor que se alza

Cuando despues de la aurora
 Vivífico el sol derrama
 Sobre el mundo que despierta
 Su luz esplendente y clara.

EL MEDIC DIA

(EN LA COSTA)

Radiante el sol meridiano
 Lanza torrentes de fuego,
 Y sus ondas luminosas
 Aduermen el manso viento.
 De aquella calma profunda
 Sólo interrumpe el silencio
 El ronco mar que sus aguas
 Azota estruendoso y fiero,
 De los apartados morros
 Contra los peñascos negros
 Que ya se cubren de espuma
 Y ya aparecen enhiestos.
 Ni un barco sobre las olas,
 Ni una nube sobre el cielo:
 Parece el cielo un abismo,
 Parece el mar un desierto.
 Lánguidas cuelgan las hojas
 Del altivo cocotero,
 Lánguidas flotan las palmas
 Del *cayaco* gigantesco;

Fuego circula en el aire
 Y el azul del firmamento,
 Como de flotantes llamas
 Envuelve rojizo velo;
 Sobre las ondas del rio
 Se inclina el mangle soberbio,
 Y buscando grata sombra
 Calla el *zanate* parlero.
 Al abrigo de la yerba
 Los esmaltados insectos,
 Enmudecen, respetando
 El silencioso misterio.
 Duerme la verdosa iguana
 Sobre un tronco de árbol seco,
 Duerme el caiman perezoso
 A la orilla del estero.
 Los loros y guacamayas
 Se agrupan bajo los cedros,
 Inmóviles mientras sopla
 El terral húmedo y fresco.
 Huye el *guaco* á la cañada
 Y el tigre con paso incierto
 Sigue el rumor del arroyo
 Que sale á buscar sediento.

 Terrible es aquella calma,
 Pavoroso aquel silencio
 Que sólo el mar interrumpe
 Con su monótono extruendo.

LA TARDE

(EN EL VALLE DE MÉXICO)

Está moribundo el día
 Y el sol poniente colora
 Las nieves del *Ixtasihuatl*
 Con los tintes de la rosa.
 En un cielo de turquesa
 Ligeros crespones flotan,
 Nubes de púrpura y grana
 Que oro mienten con sus orlas.
 Sobre los tendidos lagos
 Las brisas murmuradoras
 Van recogiendo el perfume
 De las frescas amapolas.
 Del mirto y del *campazochil*,
 De las clavellinas rojas,
 Del *cacomite* atigrado,
 De la azucena olorosa.
 En grato vaiven se agitan
 Los *tulares*, si les toca
 El aliento de la tarde

Que va impregnado de aromas.
 Las flores en las *chinampas*
 Inclinan ya sus corolas
 Y el girasol languidece
 De la tarde con la sombra.
 Forman alegre concierto
 Los gorriones, en las hojas
 De fresnos y *capulines*
 En cuyas ramas se posan.
 El vuelo tienden las garzas
 Buscando la selva umbrosa,
 Y al abrigo de las trojes
 Retíranse las palomas.
 Se oye el rumor á lo léjos
 De las reses mugidoras
 Que llegan á los establos
 Ó á los potreros retornan.
 Por el lago trasparente
 Cruzan pesadas canoas
 Ó *chalupas*, que ligeras
 Mueven apenas las olas.
 Sembrado se mira el valle
 De haciendas, pueblos y chozas,
 Y en medio de ese conjunto,
 México, que se corona
 Con cien torres que reflejan
 Esa luz que, seductora,
 Las nieblas del *Ixtasihuatl*
 Tiñen de carmin y rosa.

LA NOCHE

(EN LA MONTAÑA)

La noche envuelve la tierra
 Con sus negros pabellones,
 Y en el espacio infinito
 Brillan miriadas de soles.
 Espléndida se levanta
 La luna en el horizonte,
 Y vaporosos celajes
 Sus blancas luces recogen.
 No es la imagen de la muerte
 Dentro las selvas la noche,
 Que se alzan por todas partes
 Dulces y extraños rumores.
 El eco de los torrentes
 Viene de lejano bosque.
 Mientras al brillar la luna
 Cantan, sin saberse en dónde,
 Pájaros desconocidos,
 Desconocidas canciones.
 Se oye crugir la maleza

Y luego el pesado roce
 De los tigres que en la loma
 Cruzan *pujando* feroces.
 Ahuyan en las cabañas
 Los lobos y los *coyotes*
 Y brillan entre la yerba
 Mil insectos zumbadores,
 Que como estrellas perdidas,
 Fosforescentes, veloces,
 Tan pronto surcan la tierra
 Como en las hojas se esconden
 De los árboles soberbios
 En que cantan sus amores
 Los gilgueros en las tardes
 Y en la aurora los *sinsontés*.
 Una ráfaga de viento
 Llega rápida y se oye
 Crugir el añoso tronco,
 Y sordo luego, recorre
 Aquel rumor misterioso
 La virgen selva, y entonces
 Se interrumpen de repente
 Todos los otros rumores,
 Porque el ángel de las sombras
 Cruzando va por el bosque.

UN RECUERDO

Es un recuerdo dulce pero triste
 De mi temprana edad;
 Mi madre me llevaba de la mano
 Por la orilla del mar.

Alzábanse las sombras de la tarde
 Como pardo cendal,
 Y á gritar comenzaba en la cañada
 El huaco pertinaz.

Cantaban las tropicales en el bosque
 Con dulce suavidad,
 Los penachos del mangle caballero
 Agitaba el terral,

Y de la balsa entre los verdes musgos
 Se adormecía el caiman,
 Y bajaban los peces á sus nidos
 De concha y de coral.

Zumbaban los insectos en el bosque
 En su continuo afan,
 Y en medio á los rumores, dominando
 Los tumbos de la mar.

Mas de improviso atravesando el viento
 Escuchóse fugaz
 De las campanas de la aldea vecina
 Tañido funeral.

Detúvose mi madre y en silencio
 La contemplé rezar,
 Y de llanto llenáronse sus ojos
 Y se inmutó su faz.

—¿Por qué lloras, mi madre? la decia
 Con dulce ingenuidad,
 Y ella me contestó dándome un beso:
 —Es preciso llorar.

Que con lúgubre toque las campanas
 Anunciándome están
 Que un hombre, como todos, de esta vida
 Pasó á la eternidad.

—¿Y tú te has de morir? la dije entonces,
 ¿Tu amor me faltará?
 Y ella sin contestar no más lloraba
 Y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro
 Y ella con dulce afan

Enjugando mis lágrimas decía:
—Vamos, ya está, ya está.

Pocos años despues perdí á mi madre:
No ceso de llorar
Y en sueños la contemplo cada dia;
Del cielo viene ya.

Llega y se acerca hasta tocar mi frente
Su rostro celestial,
Y con acento tierno me repite
—Vamos, ya está, ya está.

LOS DOS ESPÍRITUS

—Adios, adios — al espirar decía:
Un amante infeliz; y ella en su duelo,
—Jamás te olvidaré, le repetía,
Pronto nos uniremos en el cielo. —

Murió el amante, y luégo cariñoso
Su espíritu volvió... mas con tristura
Mirando roto el vínculo amoroso
Lanzó un suspiro y se tornó á la altura.

Murió tambien la ingrata, y desolado
Su espíritu buscaba al de su amante...
No le encontró jamás, y atormentado
Su espíritu viajó solo y errante.

¡Ay de aquella alma que al amante muerto
Sepulta entre el olvido más profundo!
Más allá de la vida hay un desierto,
Castigo del olvido en este mundo.

HIDALGO

(FRAGMENTO DE UN CANTO)

.....

 Oh! cuántas veces
 Cuando la luz del moribundo día
 Bañando el horizonte
 Los pálidos celajes encendía,
 Y la sombra ligera
 Del apartado monte
 Iba triste ganando la pradera,
 Y el rumor de la tarde se apagaba,
 Y sólo entre la yerba se escuchaba
 Del insecto perdido
 El ténue y melancólico zumbido,
 La soledad y la quietud buscando,
 Triste y absorto en su pesar profundo,
 Atravesando el rústico sendero
 Sin recordar al mundo,
 Guiaba sus pasos al tranquilo otero.

Ni bastaba á sacarle
 Del éxtasis que entónces le embargaba
 El saludo de humilde peregrino,
 Ni el canto de los rudos labradores,
 Ni el respetuoso adios que en su camino
 Le daban los pastores,
 Ni las últimas notas que suaves
 Al despedir al sol lanzan las aves.

Sentado en una peña, ó sobre el tronco
 Del árbol derribado,
 Apoyada la barba sobre el pecho
 Y en piélago insondable de confusos
 Y grandes pensamientos, abismado,
 Cavando, sin sentirlo,
 Con el baston la removida tierra,
 Se agrupaban en su alma generosa
 Las imágenes fieles de la guerra.
 Parecíale oír entre las sombras
 El eco de los bélicos clarines,
 Y alzarse ante su vista
 Por mágicos conjuros evocada,
 La sangrienta batalla encarnizada;
 Y escuchaba el cargar de los pesados
 Y fieros escuadrones,
 Y los fuegos cerrados,
 Y los gritos de indómitos soldados,
 Y fuertes batallones
 Cruzando la extension de la llanura
 Entre la nube oscura
 De humo y polvo que se alza del combate;
 El terror infundiendo los cañones

Entre torrentes de rojiza llama
 Vomitar con estruendo
 Un huracan de bronce, que bramando,
 Va el exterminio por do quier sembrando,
 Y la confusa y ronca gritería,
 Y ayes, maldiciones y gemidos,
 Y pesada rodar la artillería,
 Y confusos ruidos
 En rumor espantoso confundidos.

Más el combate dura y más se empeña;
 Abre HIDALGO los ojos con espanto,
 Y es que duda si sueña
 O si es la realidad; mas el encanto
 Disipa de repente
 Desde la aldea cercana
 El pausado tañir de una campana.
 Se deshacen ligeras
 Las imágenes todas del combate,
 É incierta entre el dolor y la alegría
 Aquella alma, por fin, vuelve á la tierra
 Meditando si en esa profecía
 Que muestra el porvenir en lontananza,
 Se encierra el desengaño ó la esperanza.

.....

.....

Fernandez (José)

EN LA MUERTE DEL GENERAL ZARAGOZA

Pálida está la frente
 Que con divino rayo
 De luz brillante circundó la gloria,
 Al alumbrar su espléndida victoria
 El quinto sol del memorando Mayo;
 Apagada la ardiente
 Eléctrica mirada,
 Que al enemigo de terror cubriera,
 Que cual vivo relámpago luciera
 Para anunciar el rayo de su espada.
 Está ya el lábio mudo
 Que, apenas se movía,
 Agitaba terribles batallones,
 Jinetes y corceles y cañones,
 Y mandaba vencer, y se vencía;
 Yerto el brazo nervudo,
 Nunca al afan rendido,

Asolacion del galo aventurero,
 Y, al envainar el victorioso acero,
 Noble sosten y amparo del vencido.
 Inmóvil yace, inerte,
 Dentro del pecho frio,
 El corazon en el valor templado,
 De capitán y de último soldado,
 Noble modelo de constancia y brío.
 ¡Duerme ya el hombre fuerte
 En eterno letargo,
 El hijo que á su patria dar debia
 Con su victoria el más glorioso dia,
 Con su temprana muerte el más amargo!
 Hoy el galo se goza,
 De vergüenza desnudo,
 Viendo que el rostro nos volvió la suerte,
 Viendo que aleve derribó la muerte
 Al que vencer su ejército no pudo.
 « No existe Zaragoza.
 Inerte está la diestra
 Que en ocio vergonzoso nos mantiene.
 Ya murió el vencedor, ¿quién nos detiene?
 ¡A combatir, que la victoria es nuestra!»
 « Las águilas augustas,
 Que ya han tendido el vuelo,
 Victoriosas do quiera en la pelea,
 En África, y en Asia y en Crimea,
 En Magenta, Pallestro y Montebello,
 « Agitarán robustas
 Sus alas majestuosas,
 Y, atravesando ráudas el espacio,
 Irán á reposar en el palacio

En que tú, bella México, reposas.»
 « Allí, en cercano dia,
 De Luis soldados fieles,
 De oro, de gloria y de placeros llenos,
 Reclinaremos en hermosos senos
 Nuestras frentes cubiertas de laureles.»
 Así con burla impía
 Los invasores claman;
 Y, al escuchar su risa mofadora,
 Olvido este pesar que me devora,
 Y la venganza y el valor me inflaman.
 Lloremos, mexicanos,
 Mas breve el llanto sea,
 Y dejemos el llanto por la espada,
 ¡Ay! para que de Francia la mirada
 Estas acerbos lágrimas no vea.
 Juntemos nuestras manos
 En la tumba que encierra
 Los venerandos restos del guerrero,
 Y pronunciando nuestro adiós postrero,
 Sólo se oigan despues gritos de guerra.
 ¡Guerra, sí, patria mia!
 ¡Guerra por tus montañas,
 Guerra por tus inmensas soledades,
 Guerra por tus caminos y ciudades,
 Guerra en los templos, guerra en las cabañas!
 Tiempo sobraré un dia
 De llorar al que muera;
 El soldado inmortal que tú perdiste
 Y con su grande espíritu te asiste,
 No quiere llanto ya: triunfos espera.

Flores (Mannel M.)

PASION

Háblame!.. que tu voz, eco del cielo,
Sobre la tierra por do quier me siga...
Con tal de oir tu voz nada me importa
Que el desden en tu lábio me maldiga.
Mirame... Tus miradas me quemaron
Y tengo sed de ese mirar eterno;
Por ver tus ojos, que se abraza mi alma
De esa mirada en el celeste infierno.
Ámame!.. Nada soy; pero tu diestra
Sobre mi frente pálida un instante,
Puede hacer del esclavo arrodillado
El hombre rey de corazon gigante.

Tu pasas... y la tierra voluptuosa
Se extremece de amor bajo tus huellas,

Se entibia el aire, se perfuma el prado
 Y se inclinan á verte las estrellas.
 Quisiera ser la sombra de la noche
 Para verte dormir sola y tranquila,
 Y luégo ser la aurora, y despertarte
 Con un beso de luz en la pupila.
 Soy tuyo, me poseses; un solo átomo
 No hay en mi sér que para tí no sea;
 Dentro mi corazon eres latido
 Y dentro mi cerebro eres idea.

¡Oh! por mirar tu frente pensativa
 Y pálido de amores tu semblante,
 Por sentir el aliento de tu boca
 Mi árido lábio acariciar jadeante;
 Por estrechar tus manos virginales
 Sobre mi corazon, yo de rodillas;
 Y devorar con mis tremantes besos
 Lágrimas de pasion en tus mejillas;
 Yo te diera... no sé... no tengo nada;
 (El poeta es mendigo de la tierra)
 ¡Toda la sangre que en mis venas arde!
 ¡Todo lo grande que mi mente encierra!

Mas no soy para tí. Si entre tus brazos
 La suerte loca me arrojára un dia,
 Al terrible contacto de tus labios,
 Tal vez mi corazon se rompería!
 Nunca será... Para mi negra vida
 La inmensa dicha del amor no existe...
 Sólo nací para llevar en mi alma
 Todo lo que hay de tempestuoso y triste.

Y quisiera morir... ¡Pero en tus brazos,
 Con la embriaguez de la pasion más loca,
 Y la luz de mi vida se apagára
 Al soplo de los besos de tu boca.

AUSENCIA

¡ Quién me diera tomar tus manos blancas
Para apretarme el corazón con ellas,
Y beber con tus lágrimas preciosas
La casta luz de tus pupilas bellas!

¡ Quién me diera sentir sobre mi pecho
Reclinada tu espléndida cabeza,
Recogiendo en el alma tus suspiros,
Tus suspiros de amor y de tristeza!

¡ Quién me diera posar un solo instante
Mi cariñoso lábio en tus cabellos,
Y así pudiera mi alma enamorada
Besar tu frente resbalando en ellos!

¡ Quién me diera robar un solo rayo
De aquella luz de tu mirar en calma,
Para tener al separarnos luégo
Con qué alumbrar la soledad del alma!

Oh! quién me diera ser tu misma sombra,
El mismo ambiente que tu rostro baña,
Y por besar tus ojos celestiales
La lágrima que tiembla en tu pestaña!

Y ser un corazón todo alegría,
Nido de luz y de divinas flores
En que durmiese tu alma de paloma
El sueño virginal de sus amores!

Mas nada soy... Y solo, en mi tristeza,
Tengo ceñido el corazón de abrojos...
¿ Cuándo esta noche de la negra ausencia
Disipará la aurora de tus ojos?

UN BESO NADA MAS

Bésame con el beso de tu boca,
Cariñosa mitad del alma mía;
Un solo beso el corazón invoca,
Que la dicha de dos... me mataría.

¡Un beso nada más!.. Ya su perfume
En mi alma derramándose, la embriaga,
Y mi alma por tu beso se consume
Y por mis labios impaciente vaga.

¡Júntese con la tuya!.. Ya no puedo
Léjos tenerla de tus labios rojos...
¡Pronto!.. ¡dáme tus labios!.. ¡tengo miedo
De ver tan cerca tus divinos ojos!

Hay un cielo, mujer, en tus abrazos;
Siento de dicha el corazón opreso...
¡Oh! sosténme en la vida de tus brazos
Para que no me mates con tu beso!

ADORACION

Como al ara de Dios llega el creyente,
Trémulo el labio al exhalar el ruego,
Turbado el corazón; baja la frente,
Así mujer á tu presencia llego.

¡No de mí apartes tus divinos ojos!
Pálida está mi frente de dolores;
¿Para qué castigar con tus enojos
Al que es tan infeliz con tus amores?

Soy un esclavo que á tus piés se humilla
Y suplicante tu piedad reclama,
Que con las manos juntas se arrodilla
Para decir con miedo... que te ama!

¡Te ama! Y el alma que el amor bendice,
Tiembla al sentirle como débil hoja.
¡Te ama! y el corazón cuando lo dice
En yo no sé qué lágrimas se moja.

¡Perdóname este amor! A mí ha venido
 Como la luz á la pupila abierta,
 Como viene la música al oído,
 Como la vida á la esperanza muerta.

Fué una chispa de tu alma desprendida
 En el beso de luz de tu mirada,
 Que al abrazar mi corazón en vida
 Dejó mi alma á la tuya desposada.

Y este amor es el aire que respiro,
 Ilusion imposible que atesoro,
 Inefable palabra que suspiro
 Y dulcísima lágrima que lloro.

Es el ángel espléndido y risueño
 Que con sus alas en mi frente toca,
 Y que deja — ¡perdóname, es un sueño!
 El beso de los cielos en mi boca.

Mujer, mujer... mi corazón de fuego
 De amor no sabe la palabra santa,
 Pero palpita en el supremo ruego
 Que vengo á sollozar ante tu planta.

¿No sabes que por sólo las delicias
 De oír el canto que tu voz encierra,
 Cambiara yo, dichoso, las caricias
 De todas las mujeres de la tierra?

¿Que por seguir tu sombra, mi María,
 Sellando el labio á la importuna queja,

De lágrimas y besos cubriría
 La leve huella que tu planta deja?

¿Que por oír en cariñoso acento
 Mi pobre nombre entre tus labios rojos,
 Para escucharte detendré mi aliento
 Para mirarte me pondré de hinojos?

¿Que por sentir en mi dichosa frente
 Tu dulce labio con pasión impreso,
 Te diera yo, con mi vivir presente,
 Toda mi eternidad.... por solo un beso?

Pero si tanto amor, delirio tanto,
 Tanta ternura ante mis piés traída,
 Empapada con gotas de mi llanto,
 Formada con la esencia de mi vida;

Si este grito de amor, íntimo, ardiente,
 No llega á tí.... si mi pasión es loca,
 Perdona los delirios de mi mente,
 Perdona las palabras de mi boca.

Y ya no más mi ruego sollozante
 Irá á turbar tu indiferente calma.....
 Pero mi amor hasta el postrer instante
 Te daré con las lágrimas del alma.

MI SUEÑO

Anoche tuve un sueño. Al pié de negra palma
 Estaba yo sentado. La sombra me envolvía.
 La soledad inmensa entristecía mi alma
 Un ruiseñor cantaba.... Mi corazón oía:

— «Yo canto cuando abren,
 Jazmines de la noche,
 Las pálidas estrellas
 Su luminoso broche:
 A la hora en que se llaman
 Los seres que se aman.
 Yo soy entre la sombra
 Herald del amor.» —
 Después meció el follaje de la siniestra palma
 Del viento de la selva la ráfaga sombría;

Algo como un suspiro tristísimo del alma
 Alzóse sollozante.... Mi corazón oía:

— «Yo soy el alma errante
 Que en las tinieblas giro,
 Por recoger del hombre
 El tético suspiro.
 Yo bebo en las corolas
 Las lágrimas que á solas
 En hondo desamparo
 Derrama el corazón.» —

La noche era muy negra.. Las hojas de la palma
 De súbito temblaron... Y vi que descendía
 Algo como la sombra del ángel de mi alma;
 Hablaba en las tinieblas.... mi corazón oía:

— «Hombre de los dolores,
 Yo traigo desde el cielo
 Palabras inefables
 De paz y de consuelo.
 Herido de tristeza
 Inclinas la cabeza,
 ¿Acaso no conoces
 La vida del amor?»...
 — Qué tú eres la Esperanza?
 — «Yo doy las ilusiones.»
 — ¿Eres amor acaso? ¿La dicha ya perdida?
 — «Soy luz en la que encienden su fé los corazones,
 •Y rosa que perfuma la copa de la vida.
 •Quizá del cielo traje la voz de los amores,

»Y me enseñó la dicha los himnos del placer.
 »Encanto la existencia, ahuyento los dolores
 »Y soy alma del alma..... me llamo la Mujer.» —

Y de la oscura noche iluminóse el velo,
 Gimió de amor el bosque, la palma retembló,
 Y la vision divina perdiéndose en el cielo
 Con sus ardientes besos mi frente acarició.

Á MEDIA NOCHE

Ne frappe-t-on pas á ma porte?

.....
 Dieu puissant! tant mon corps frissonne.
 Qui vient? qui m' apelle? — Personne.

A. DE MUSSET.

Era la noche; y en mi estancia lóbrega
 Crecía la oscuridad,
 Chisporroteaba pálida mi lámpara
 Agonizando ya,
 Y derramaban sus reflejos lividos
 Siniestra claridad.
 Afuera el viento mis ventanas, áspero,
 Hacia rechinar;
 Azotaba cayendo con estrépito
 La lluvia mi cristal,
 Y al rasgar con su espada de relámpago
 El caos la tempestad,
 Inmenso grito de dolor y cólera
 Del cielo herido ya,
 Ronco rodaba por el ancha bóveda

El trueno funeral,
 Y temblaba la tierra y más horrisono
 Bramaba el huracan.

Yo estaba solo y en mi estancia lóbrega
 Crecía la oscuridad.
 Al fulgor instantáneo del relámpago
 En rápido zig-zag,
 Figuras mil en los oscuros ángulos
 Parecían asomar,
 Y por el muro en escuadron fantástico,
 En enjambre fugaz,
 Sombras, bosquejos y perfiles rápidos
 De contorno infernal,
 Caras terribles y á la par ridículas
 Miraba yo pasar.

Sonaron doce campanadas lúgubres
 Y la última al vibrar,
 En silencio y de súbito mi lámpara
 Apagóse...
 —¿Quién vá?...
 ¿Quién á estas horas á mi puerta, tímido,
 Así puede llamar?
 Nadie... Es el viento que empujó colérico
 Las puertas al pasar.
 Mas ¿quién se queja?... Qué lamento tétrico
 Es ese, funeral?
 Parece que del seno de algun féretro
 Ha venido ese ay...
 Nadie.... Es el viento que en sus alas rápidas
 Trajo un eco.... No más.

No llueve yá. Desenfrenada y prófuga
 La tormenta allá vá.
 Y entre los rotos nubarrones lóbregos
 La luna al asomar,
 Tiene yo no sé qué de cadavérico,
 De torvo y espectral;
 Como de un muerto la pupila hórrida
 Su disco... Mas ¿quién vá?
 He visto la cortina de aquél ángulo
 A alguno levantar...
 Oigo un paso ligero, suave, rápido...
 ¿Quién es?... quién llega?... ¡Ah!...

Inmóvil, negro, pavoroso, fúnebre,
 Sentado en un sitial,
 Un bulto informe, junto á mí, fatídico,
 Está en la oscuridad.
 Quiero gritar... mas mi garganta anúdase
 Y no puedo gritar,
 Tiembla mi carne, y llénase mi espíritu
 De pánico mortal....

La sombra, negra en la tiniebla, fúnebre
 En el sitial está;
 Nada de humano, sin figura, tétrica,
 Sin cortorno ni faz,
 Sin ojos... pero yo siento fatídica
 Su mirada espectral
 Helada y pavorosa hasta la médula
 De mis huesos entrar...
 ¿Quién eres? — digo, con la lengua trémula —
 ¿Quién eres, por piedad?...

Y se cambia la sombra en una lívida
 Y vaga claridad.
 Es una forma de mujer angélica
 Pero difunta ya
 Y veo un rostro de virgen... ya muy pálido
 Tras un velo nupcial;
 Y la conozco... y mis miradas ávidas
 Devorándola están;
 Cuando los muertos y cerrados párpados
 Comenzó á levantar...
 Un soplo helado pasa por mi espíritu
 Y ya no supe más...

.....

.....

.....

.....

El blanco rayo de la aurora fúlgido
 Me encontró al despertar
 Arrodillado, y con la frente pálida
 Caida en el sitial.
 Y murmurando con los labios trémulos
 El nombre celestial
 De aquella mártir de mi amor, dulcísima,
 Que ha tanto tiempo ¡ay!
 A la sombra del sáuce melancólica
 Durmiendo el sueño de la muerte está.

Gallardo (Aurelio Luis)

TEXCOCO

Junto de un lago que su nombre lleva,
 De márgenes de esbeltos carrizales,
 Esa ciudad se eleva
 Cual dormida paloma entre rosales.

¡Oh ciudad! de tu gloria y poderío,
 De tu grandeza y esplendor sagrado,
 Sólo eres turbio río,
 Fábula ó tradicion de lo pasado!

Tus caciques conservan tus anales,
 Grandes tesoros guardas en tu seno,
 Y riegan tus canales
 Las sementeras de tu valle ameno.

Las ondas de tu lago arrulladoras
 Del bello mar, hermano del Chapala,